

La cuestión de los Arios

CONFERENCIA DADA

POR

JULIÁN BONFANTE

PROFESOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MADRID

el 22 de Abril de 1937

¿Qué son los Arios?—Las lenguas arias.—¿Existe una raza aria?—¿Qué raza es?—¿Es una raza superior?—Civilización aria y civilizaciones no-arias.—Las invasiones arias.

EL nacionalsocialismo alemán ha fundado su doctrina *¿Qué son los Arios?*—si es que se puede llamar doctrina sin ironía— *Arios?* en la superioridad de la raza germánica, rubia, dolicocefala, sobre las otras razas. Esta raza superior estaría destinada a dominar el mundo, porque es más pura, más noble, más fuerte, más capaz que todas las demás razas. Esta seudodoctrina ha servido a los nacionalsocialistas para perseguir, robar, encarcelar, torturar y matar a los judíos que vivían en Alemania y a algunos cientos de miles de alemanes puros, Arios, que, a pesar de las ventajas evidentes que les proporcionaba, no estaban conformes con esta doctrina de la raza superior.

¿Qué es, pues, esta cuestión de la raza aria? ¿Qué son estos Arios? ¿Hay algo de verdad, o por lo menos una apariencia de verdad, en esto de la raza aria? ¿Son Arios los Germanos y los Alemanes en particular? ¿Es verdad que la raza aria es superior? Es lo que trataremos de ver en el curso de esta conferencia.

El problema ha sido llevado al gran público por faná-



ticos incompetentes, y de ahí que se haya enredado terriblemente. Se han mezclado confusamente conceptos tan distintos e incomparables como lengua, raza, nación, civilización; se han barajado sin distinción argumentos más o menos fútiles de lingüística, etnografía, arqueología, antropología, hasta tal punto que no es nada fácil ahora luchar contra ideas falsas y prejuicios en el breve espacio de una hora. «La verdad—dice Anatole France—tiene pocas probabilidades de triunfar, siendo una, mientras el error es múltiple.»

La dificultad esencial del problema estriba en que la palabra «Arios», que representa un concepto esencialmente lingüístico, ha sido empleada por los «nazis» para indicar un concepto racial.

El problema de los Arios ha sido ante todo un problema lingüístico.

Las lenguas arias.

Ya en los siglos XVII y XVIII, viajeros italianos, ingleses y franceses habían observado semejanzas chocantes entre ciertas palabras sánscritas y otras griegas, latinas o eslavas. Pero el que primero dió fundamento científico a la comparación entre estas lenguas, y fundó la lingüística aria, es un alemán, Franz Bopp, que publicó, el año 1837, su Gramática comparada, en la que estudiaba el sánscrito, el persa (que llamaba zendo), el latín, el griego, el germánico, el eslavo, el lituano. Desde entonces, la lingüística comparada ha tenido un desarrollo grandísimo, sobre todo (es justo decirlo) en Alemania; franceses e italianos se dedicaron más tarde a estos estudios, con gran éxito; en los últimos años, Noruega, Dinamarca, Austria, Polonia, Hungría, Bulgaria, Yugoslavia, los EE. UU. de América aumentan diariamente sus publicaciones de esta ciencia, y se multiplica el número de los investigadores. Desde 1933, se publica en Madrid la revista *Emerita*, en lengua española.

A las lenguas que Bopp estudió, se han añadido otras muchas, y se van añadiendo cada vez más: el año 1908, se descubrió el tokhariano; el año 1917, el hetita o nesita; hace 4 ó 5 años, el luita.

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

Todas estas lenguas pertenecen a un grupo lingüístico único, es decir, derivan de una sola lengua, del mismo modo como el español, el italiano y el francés derivan del latín. Esta lengua originaria, de la que descienden todas ellas, se ha llamado por mucho tiempo *aria*, porque se creía en el siglo pasado que el sánscrito, lengua de los *Arios* o casta superior de la población india, era la más antigua de estas lenguas, y casi la lengua-madre. Hoy esta creencia se ha abandonado completamente: el sánscrito es una de tantas lenguas «arias», y no de las más antiguas en su aspecto y estructura. Así la denominación de *lenguas arias* es del todo impropia, o mejor, errónea. Hoy en los medios científicos se habla generalmente de lenguas indoeuropeas o indogermánicas. Pero en esta conferencia, para no complicar las cosas, conservaremos el término de «lenguas arias» en vez de «lenguas indoeuropeas».

Las lenguas «arias» hoy conocidas son las siguientes, de Occidente a Oriente:

- 1) El céltico, al cual pertenecía la lengua de los Galos y de los Celtas de España, y pertenecen hoy el dialecto bretón, el galés, el irlandés y el escocés.
- 2) El germánico.
- 3) El latín.
- 4) El osco-umbrio.
- 5) El griego.
- 6) El albanés.
- 7) El báltico, que incluye hoy el lituano y el letón.
- 8) El eslavo.
- 9) El hetita y el luita.
- 10) El armenio.
- 11) El persa, la lengua del Avesta de Zaratustra y todos los dialectos iránicos, como el curdo, la lengua del Afganistán, del Beluchistán y otras.
- 12) El indio, lengua de los *Arios* de la India, llamada también el sánscrito.
- 13) El tokhariano, lengua hoy muerta, que se hablaba en el Turquestán oriental chino.

A estas lenguas hay que añadir otras muertas, como el escítico, el tracio, el frigio y el ilirio, que comprende también las lenguas de los Mesapios y de los Vénetos. Este último grupo tiene una importancia particular para nuestra cuestión, como veremos más adelante.

Todas las lenguas de la Europa de hoy, como se ve, son arias, con excepción del vasco, el húngaro, el lapón, el finlandés, el estoniano y otros dialectos fino-úgricos que se hablan en la parte septentrional y oriental de la Rusia europea.

Ahora bien: una lengua sólo existe en tanto existe un pueblo que la habla. De la existencia de la lengua madre aria, se ha concluido la existencia del pueblo ario que la hablaba. Hasta aquí, la cosa no ofrece lugar a dudas.

Pero hay que distinguir bien los conceptos de pueblo y de raza: pertenecen hoy al pueblo francés, por ejemplo, individuos de tipos antropológicos completamente distintos. No se puede hablar de una raza francesa, pero sí existe un pueblo francés.

¿Existe una raza
aria?

Ahora bien: se ha ido demasiado lejos. Y es curioso observar que el creador de la extraña teoría de la superioridad de la raza aria, ha sido un francés, Gobineau, el cual publicó en el año 1852, su libro célebre: *Essai sur l'inégalité des races humaines*. La raza superior es la raza aria, que impuso su lengua y su civilización a todos los demás pueblos de Europa. Los representantes más genuinos de dicha raza, que bajó del Norte en época prehistórica, son los Germanos. Esta raza era rubia y dolicocefala. Las ideas de este autor han tenido mucha suerte en Alemania, y constituyen hoy la doctrina oficial del Estado alemán.

Examinaremos esta teoría desde el punto de vista lingüístico, antropológico y arqueológico. Quizá nos espere alguna sorpresa. Trataré de ser breve, pero fundándome en hechos concretos.

Desde el punto de vista lingüístico, tropezamos inmediatamente con un hecho de extraordinaria importancia, que cualquier profano puede observar: es la llamada rota-

ción consonántica de las lenguas germánicas (en alemán «Lautverschiebung»). La primitiva lengua aria tenía tres series de consonantes oclusivas: las sordas (*k, t, p*), las sonoras (*g, d, b*), las sonoras aspiradas (*gh, dh, bh*). Pues bien: en germánico, las tres series han sufrido un cambio radical de articulación que ha eliminado del sistema las oclusivas sonoras; las oclusivas sordas se han convertido en aspiradas o fricativas sordas; las oclusivas sonoras, en oclusivas sordas; las sonoras aspiradas, en fricativas sonoras (que han pasado luego a oclusivas sonoras). No se ha salvado ni una sola oclusiva de la lengua aria.

Todo el sistema consonántico se ha derrumbado. La cosa es fácil de comprender con algunos ejemplos. Hay que fijarse sobre todo en el inglés, que representa un estadio más antiguo que el alemán. Obsérvense las consonantes iniciales de las palabras siguientes:

latín *pater*, español *padre*, griego *πατήρ*, sánscrito *pitár-*: inglés *father*, alemán *vater* (pronunciar *fäter*).

La *p* inicial ha pasado a *f*- (las demás lenguas tienen *p*-).

latín *tres*, español *tres*, griego *τρεῖς*, irlandés *tri*, sánscrito *tráyas*, lituano *trys*, ruso *tri*, etc.: inglés *three*, alemán *drei*.

latín *centum*, griego *ἑκατόν*, irlandés *cét*: inglés *hundred*, alemán *hundert*.

latín *decem*, español *diez*, irlandés *deich n-*, griego *δέκα*, ruso *désjal'*, lituano *deszimt*, sánscrito *dás'a*: inglés *ten* (y alemán *zehn*, con otro cambio ulterior).

latín *duo*, español *dos*, griego *δύο*, irlandés *da*, lituano *dvi*, ruso *dva*, sánscrito *dva*: inglés *two*, al. *zwei*.

latín *frater*, francés *frère*, griego *φράτηρ*, sánscrito *bhrátar-*: inglés *brother*, alemán *bruder*.

Ahora bien, ¿es posible que de todas las lenguas arias, sólo las germánicas hayan conservado los sonidos arios, y todas las demás los hayan transformado? Evidentemente

no es posible: todos los lingüistas—alemanes inclusive—admiten que es el germánico el que ha innovado, y que las demás lenguas han conservado, más o menos, los sonidos arios primitivos.

¿Y cuál habrá sido la causa de tan grave y extraña transformación?

¿En qué circunstancias se cambia por completo la articulación de una lengua? La explicación más probable es: cuando la aprende un extranjero. Los germanos, pues, son extranjeros, no-arios, y han aprendido la lengua aria que hablan hoy de otro pueblo ario, que probablemente los sojuzgó y les impuso su lengua. Ellos la aprendieron mal, la barbarizaron, la estropearon y transformaron, desplazando completamente su consonantismo (y no sólo su consonantismo) en el esfuerzo de adaptarlo a su articulación. En su boca, la lengua aria se hizo rápidamente incomprendible.

Esta explicación—que es la que más se adapta, repito, a un hecho tan singular—ha sido aceptada por muchos lingüistas, algunos de ellos alemanes (es mi deber decirlo), como Herman Hirt y Sigmund Feist, que vive en Berlín, pero no ocupa, que yo sepa, cátedra ninguna.

Hay que buscar, pues, cuál es el pueblo ario que ha arianizado a los germanos. Se ha pensado por mucho tiempo en los Celtas; pero esto no parece posible, por varias razones. El prof. Feist y otros, en los últimos años, han propuesto los Ilirios, otro pueblo ario, conocido por sus guerras con Roma y por haber dado su nombre a las Provincias Ilíricas de Napoleón. Efectivamente, hay argumentos muy fuertes en favor de esta tesis.

La lengua de los Ilirios nos es poco conocida: tenemos sólo unos cuantos nombres de persona y de lugar, y unas inscripciones muy breves. Pero estos elementos parecen confirmar la teoría que he expuesto. En una inscripción véneta, es decir, ilírica, se lee *selboisselboi* «a sí mismo», comparable directamente con el pronombre alemán *selbst*, que en antiguo alemán se reduplicaba: *selb selbo*. En otras

se lee *mexo*, acusativo del pron. personal de 1.^a persona, alemán *mich*.

El nombre mismo de los *Germani* parece de formación ilírica, como ha demostrado justamente un investigador alemán, el conocido prof. E. Norden, de Berlín. El nombre de los *Teutones*, lo es probablemente también (el tema es ilírico, compárense los nombres ilíricos *Teuticus Teutus, Teutomus, Teutarus, Teodoridda, Teutana*), y por fin el nombre de la célebre reina *Teuta*, jefe de las guerras contra Roma. El sufijo *ones* es ilírico también; confróntense los nombres de pueblo ilíricos como *Παίονες, Χάονες, Βυλλίωνες, Μακεδόνες*.

Los Germanos, pues, han cambiado su nombre, adoptando el de un pueblo extranjero invasor, que les impuso el suyo. El hecho no es raro en la historia. Los Franceses de hoy, que casi nada tienen de germánico, llevan sin embargo el nombre de los invasores Francos. Lo mismo ocurrió a los Borgoñones, a los Lombardos, a los Andaluces, a los Búlgaros y a otros muchos. En el caso de los Germanos, sin embargo, este pueblo extranjero, además del nombre, impuso también su lengua: así que el caso sería más directamente comparable al de los Rumanos, que hablan una lengua neolatina y llevan el nombre glorioso de *romanos*, y sin embargo tienen evidentemente un porcentaje insignificante de individuos de origen latino.

La toponimia—estudio etimológico de los nombres de lugar—indica con claridad absoluta que los Ilirios han llegado a las orillas del mar Báltico y probablemente han dominado cultural y políticamente dicho mar. El nombre que Tolomeo da al mar Báltico es *Ὀυενεδικὸς κόλπος* 'Golfo de los Vénetos'. Los Vénetos viven, según Tolomeo, que sigue seguramente a algún autor más antiguo, «por todo el Golfo Venético». Ya hemos visto que los Vénetos o Venedos son un pueblo ilírico, que ha dejado rastro de su nombre en la ciudad italiana de Venecia. El nombre contemporáneo de dicho mar—mar Báltico—también es ilírico, como creo haber demostrado en un trabajo reciente. Dinamarca se

llamaba antiguamente *Baltia*, del mismo tema, y este nombre sobrevive en las denominaciones contemporáneas de Gran *Belt* y Pequeño *Belt*.

En general, los nombres de lugar de origen ilírico son frecuentes en toda Alemania. Muchos nombres de lugar que cita el antiguo geógrafo Tolomeo, en su descripción de la *Germania Magna*, son seguramente ilíricos. Así, por ejemplo, las ciudades de *Στραγόνα*, *Δηρόνα*, *Συργόνα*, cuyo sufijo se compara con el de las ciudades ilíricas de *Narona*, *Salona*, *Cremona*, *Tortona*, etc.; así *Ἀρσόνιον*, que recuerda el río *Arsia*, en Istria; *Ουιαδόνας*, antiguo nombre del río *Oder*, que contiene el mismo tema que el río *Adua*, hoy *Adda*, en Lombardia; y así otros. Muchos nombres modernos tienen seguramente origen ilírico: así el mismo río *Oder*, llamado *Adora* en la Edad Media, tiene relación con el río *Eder* en Hessen y con la ciudad de *Adria* y el nombre del *Mar Adriático*; la ciudad de *Aalen*, en Württemberg, que en la Tabula Peutingeriana se llama *Aquileia*, y tiene por consiguiente el mismo nombre que la célebre *Aquileia* del Adriático. No puedo aquí detenerme en detalles de carácter técnico: me limitaré a añadir, p. ej., que la Moravia tiene un nombre de origen ilírico; que *Schrimm*, nombre de ciudad cerca de Poznan, tiene el mismo nombre (ilírico también) que el *Sirmium* (hoy *Srem*) en Yugoslavia y el del *lacus Benacus*, hoy lago di Garda en Italia; que *Tharandt* en Sajonia es idéntico a *Tarento*, ciudad de origen ilírico, en Italia.

La tesis de Feist está confirmada además por la arqueología.

Hasta la mitad del II milenio a. J. C., en Alemania septentrional, Dinamarca y Suecia, domina la cultura megalítica; la cultura de los sepulcros monumentales construidos con enormes piedras, que se llaman dolmen, cromlech, menhir, etc. Esta cultura debe atribuirse sin duda a los antepasados de los actuales Germanos; los cráneos de los sepulcros megalíticos tienen la misma forma que los de los Germanos históricos. Ahora bien; alrededor de 1500 a. J. C., toda Alemania y Dinamarca se encuentran invadidas por la

cultura llamada lusaciana, porque tiene su centro en Lusacia, una región de la actual Sajonia. La cultura de Lusacia, que duró hasta el año 500 a. J. C., aproximadamente, se caracteriza sobre todo por la costumbre de la incineración en urnas, por la decoración cerámica en relieve y por el uso de estaciones fortificadas. Se encuentra en ella con frecuencia el ámbar. Todos estos caracteres se dan también en la cultura de los palafitos, que debemos probablemente atribuir a los Arios, como veremos. En particular, el empleo de estaciones fortificadas y el uso corriente, normal, de la incineración, tal como la encontramos entre los lusacianos, es un uso seguramente ario. Los Latinos y los Griegos quemaban siempre sus muertos y los ponían en urnas; los Griegos de Homero quemaban los cadáveres de sus héroes en grandes piras y así lo hacen todavía en la India los Arios, que constituyen la casta superior de la población del país. Nadie pone en duda, efectivamente, que los llamados «lusacianos» sean un pueblo ario; sólo se discute a qué pueblo ario se deben adscribir. Antes se creía que se trataba de Eslavos o de Celtas; hoy estas ideas se han abandonado, y casi todos los investigadores admiten que los lusacianos son Ilirios.

La conclusión, pues, de nuestra investigación lingüística y arqueológica es que los Germanos no hablaban una lengua aria, y que han aprendido la lengua que hablan hoy de un pueblo ario, los Celtas, o más probablemente los Ilirios, representados por los lusacianos.

Pasaré ahora a las consideraciones de carácter antropológico, es decir, racial. Pero antes de tocar dicho argumento quiero hacer una salvedad. Algunos antropólogos y lingüistas se niegan netamente a adscribir los Arios a un grupo determinado de razas. La raza, la lengua y la cultura, dicen, son tres cosas distintas, que nada tienen que ver entre sí. En la época en que se puede hablar de pueblo ario—época relativamente reciente, pues no pasa del principio del III milenio antes de J. C.—la mezcla de razas era ya tal, que no se puede hablar de ninguna manera de una raza aria, así como

¿Qué raza es la raza aria?

no se puede hablar hoy de una raza francesa o norteamericana. Si adoptamos este punto de vista extremo, evidentemente no podemos dar ninguna calificación de raza a los Arios, y ningún pueblo tiene el derecho de decir que es de raza aria, pues la raza aria no existe. Todo lo que se puede decir es que un pueblo es de *lengua aria*, pero esto no prejuzga nada sobre su ascendencia, pues la lengua, como se sabe, puede cambiar completamente en el espacio de una generación. Antes del año 1840, la inmensa mayoría de los irlandeses hablaban una lengua céltica; diez años después la lengua dominante era el inglés. Sin embargo, la población, físicamente, no habla cambiado.

Pero si no queremos adoptar una posición tan escéptica, podemos examinar por lo menos la posibilidad de adscribir los Arios a una de las razas blancas (de las otras no hay que hablar).

Advierto, por de pronto, que la actual división de Europa y Asia en razas puede servir más o menos para la antigüedad y para la época prehistórica más reciente. A pesar de los cambios políticos, tan hondos, que ha sufrido el continente europeo, a pesar de las guerras, invasiones, migraciones, epidemias, el aspecto de Europa, desde el punto de vista racial, ha cambiado mucho menos de lo que se cree. Las invasiones germánicas, por ejemplo, que transformaron el mapa de Europa, fueron obra de grupos numéricamente pequeños de invasores que se asimilaron rápidamente, sin modificarlo, al tipo antropológico de cada uno de los países mediterráneos. Las invasiones arias fueron sin duda algo parecido.

Pero volvamos a nuestro problema.

Como se sabe, la división de las razas humanas se funda hoy sobre todo en el color de la piel (amarilla, roja, blanca), del pelo (negro, moreno, rubio, rojo) y de las medidas del cráneo (el llamado índice cefálico: braquicéfalo, mesocéfalo, dolicocefalo). Para los pueblos antiguos que no tienen historia, este último carácter, ya de por sí el más importante, se hace muchas veces el único, por razones evidentes.

Los pueblos blancos de Europa, Asia y Africa del Norte se dividen en tres grandes grupos, que se extienden como inmensas fajas paralelas de Occidente a Oriente:

1) El grupo mesocéfalo (impropiamente llamado a veces dolicocefalo), alto, de pelo rubio y hasta rojizo, ocupa hoy gran parte de Irlanda y Gran Bretaña, Alemania Septentrional, Dinamarca, la Península Escandinava, los Estados Bálticos, Polonia, Finlandia, la Rusia europea (con exclusión de Ucrania) y la Rusia asiática, es decir Siberia. Ocupa, pues, la parte septentrional de Europa y Asia, y se le llama con frecuencia el «tipo nórdico».

2) El tipo braquicéfalo, moreno, de estatura generalmente más baja, ocupa casi toda Francia, Bélgica, Suiza, Alemania del Sur, Italia del Norte, Austria, Hungría, la Península Balcánica (con excepción de Grecia), Ucrania, Rusia meridional, Anatolia, Armenia, Mesopotamia, el Cáucaso, gran parte de Persia, el Tadjikistán, el Pamir, el Turquestán y otras regiones al Este del mar Caspio, donde sin embargo se mezcla con elementos mongoloides, es decir, que no pertenecen a la raza blanca propiamente dicha. Ocupa, pues, la parte central de Europa y Asia, prescindiendo de China y Japón. Pertenecen a este tipo, entre otros, el hombre alpino y el dinárico, en Yugoslavia.

3) El tercer tipo, netamente dolicocefalo, de pelo negro, es el llamado mediterráneo, que ocupa pequeñas zonas en el Sur de Irlanda, de Inglaterra y de Francia, casi toda España, Italia Central y Meridional, Grecia, toda el Africa del Norte, Etiopía, Arabia, la parte meridional de Persia, la India e Indonesia. Ocupa, pues, la parte meridional de Europa y Asia. Los españoles pertenecen en su mayoría a este tipo antropológico.

Esta es desde luego una clasificación general, que prescinde de mezclas, subgrupos, subtipos, etc. En particular dejo a un lado el problema—muy difícil—de la antropología vasca, que hoy no nos interesa.

Ahora bien, ¿a qué grupo antropológico podemos adscribir nuestros Arios?

Por mi parte me parece claro que los Arios no son de raza mediterránea. Los Arios invadieron las regiones donde viven los mediterráneos, o dolicocefalos de pelo negro, en época tardía, histórica. Conocemos los pueblos que allí vivían antes de ellos. Podemos fijar la fecha más o menos aproximada en que invadieron la India, Armenia, Anatolia, Grecia, Italia, Iberia, Gran Bretaña e Irlanda.

Los mediterráneos no son Arios: son Iberos, son Camitas (Bereberes, Egipcios, Etiopes), son Semitas (Árabes, Hebreos, Asirios), son Alarodios, son Dravidianos en India.

Por el contrario, si examinamos la difusión de los braquicefalos morenos, a los que pertenecen el hombre alpino y dinárico, p. ej., veremos que corresponde admirablemente a la difusión de los Arios en Asia y en Europa. Evidentemente, hay que admitir que han llegado a ciertas regiones, como Francia e Italia del Norte, en masas suficientes para imponer su tipo étnico. Pero esto es natural.

Sin duda, muchos de los hombres de tipo nórdico (mesocéfalos rubios) hablan hoy lenguas arias: no sólo los Germanos, sino también los Baltos (Letones y Lituanos) y muchos de los Eslavos. Pero el hecho es seguramente tardío. La penetración de la lengua rusa en las regiones septentrionales de Rusia y en Siberia es un fenómeno que se ha desarrollado en los últimos tres o cuatro siglos. No cabe ninguna duda de que el tipo originario de los Eslavos es el braquicefalo moreno.

Los Baltos vivían en épocas antiguas sin duda más al sur que hoy, y no llegaban al mar Báltico (cuyo nombre llevan pues sin mucha razón): los Letones se han superpuesto a un pueblo de raza fina, los Livos, que ha dado su nombre a la Livlandia, y que ocupa todavía un pequeño rincón en el norte de Letonia.

Pertenecen al primer grupo, el de los mesocéfalos rubios, el último que nos queda por examinar, los Ainos en el Extremo Oriente de Siberia, los habitantes de la península de Kamchatka, los Koriakos, los Tungusos, los Yakutos, los Samoyedos, y, en general, todos los pueblos de

lengua fino-úgrica que viven en la Rusia del Norte: los Ostiakos, los Vogulos, los Zirienos, etc., los Finlandeses, los Karelianos, los Estonianos, y además los Lapones de Escandinavia. Estos pueblos han influido mucho en los caracteres somáticos de los campesinos rusos, como hemos visto ya.

¿Qué son, pues, los Germanos? Todo se explica muy bien si se admite, como ya lo he indicado de paso en el *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, que son un pueblo fino-úgrico que ha sido arianizado por otro pueblo. Ya hemos visto que el protogermánico no tenía oclusivas sonoras; estos sonidos faltan precisamente en las lenguas finesas.

Desde el punto de vista antropológico, las afinidades entre los Germanos y los Fino-ugrios son extraordinarias.

No quiero que se me crea por mi palabra. Me permito citar al conocido antropólogo G. Poisson, en su obra reciente *Les Aryens*, Paris 1934, que resume así la cuestión (página 62): «Si se examinan los Fineses de Finlandia y del Noroeste de Rusia, no cabe duda de que presentan un parecido exterior con los escandinavos. Son, es verdad, más bien rojizos que rubios, y sobre todo tienden al tipo braquicéfalo. Pero esto no impide a Vacher de Lapouge decir que el tipo finés representa una fracción retrasada en su evolución, y que el tipo nórdico es el resultado más perfecto de ella.

Por otro lado, Bogdanov ha demostrado ya hace tiempo, sobre la base de descubrimientos hechos cerca del lago Ladoga, que los antiguos Fineses eran dolicocefalos, por lo menos en ciertas regiones.

Kossinna admite que los nórdicos representan un desarrollo evolutivo de los fineses, ya que los hace derivar de sus dobertinianos, que considera como pre-fineses. Una parte sólo de ellos habría sufrido esta evolución, y el resto habría sido empujado hacia el Norte y el Este, donde una evolución poco diferente habría producido los Fino-ugrios.»

La teoría de que los Germanos no son de raza aria, no

es mía, repito: ha sido y sigue siendo defendida por una serie de investigadores, lingüistas e historiadores alemanes (Kauffmann, Förstemann, Feist, etc.), suecos (Karsten), franceses (Jullian, Meillet), etc., etc. Los que abogan por un origen finés de los Germanos son Förstemann, Jullian, Karsten. De los antropólogos he hablado ya más arriba.

Podemos encontrar indirectamente otras pruebas de la teoría que aquí defiende—y que ha sido expuesta por primera vez por el antropólogo italiano Sergi—de que los Arios eran braquicéfalos. La aparición de los braquicéfalos en Europa está estrechamente ligada al empleo de las estaciones defensivas, sea en los lagos o pantanos sobre palafitos, sea en alturas fortificadas. Ni los mediterráneos ni los nórdicos megalíticos conocen esta costumbre. Ahora bien; este es un uso típico de los Arios, como lo indican todas las fuentes históricas desde que aparecen por vez primera estos pueblos a la luz de la historia. Así lo indica la lingüística misma: la palabra céltica *-briga*, que encontramos en tantos nombres de lugar célticos, sobre todo de España (*Segobriga, Mirobriga, Caelobriga, Lancobriga*), corresponde exactamente, desde el punto de vista fonético y semántico, a la palabra alemana *burg*, «castillo», «ciudadela», «lugar fortificado», «ciudad fuerte», que también contribuye a formar nombres de ciudad, como *Regensburg, Strassburg, Augsburg, Freiburg*. El galo *-briga* y el alemán *-burg*, están relacionados con la palabra alemana *Berg*, «monte», «altura», que también forma nombres de ciudad (*Nürnberg, Wittenberg*).

En particular, la civilización de los palafitos parece que deba atribuirse a los Arios: los habitantes de los palafitos suizos serían probablemente el pueblo ario de los ligures, y los de los palafitos lombardos serían los antepasados de los Latinos. Varios elementos lingüísticos proporcionan una base para esta afirmación. El sacerdote supremo en Roma es el *pontifex*, el pontífice, 'el que hace el puente'. Este nombre se refiere evidentemente a un tipo de civilización en que la construcción y defensa del puente tiene una importancia esencial: tal es la civilización de los palafitos, donde el

puente une la aldea lacustre a la tierra. La leyenda de Horacio Cóclite y de su defensa del puente refleja, según mi opinión, este aspecto de la prehistoria de los Latinos. Los terramares, que se pueden definir esencialmente como aldeas de palafitos transportados a tierra firme, y que según muchos arqueólogos derivan de los palafitos, con su forma cuadrilátera, con sus calles paralelas y perpendiculares, con el *decumanus* y el *cardo* que se cruzan por el medio, presentan una analogía sorprendente con el campamento romano, el *castrum*, que es el esquema de toda ciudad de fundación romana. El rito funerario y otros pormenores de carácter religioso coinciden perfectamente.

El tipo de construcción palafítica se encuentra entre otros pueblos igualmente arios: los Peones en Macedonia y los Escitas en el Mar Negro, según Herodoto. Este autor nos da de sus viviendas una descripción minuciosa, que corresponde maravillosamente a los descubrimientos arqueológicos de la Italia Septentrional. Por otro lado, si (como lo creo justo), derivamos los terramares de los palafitos, debemos añadir, los terramares de Hungría, país ario sin duda en la época de que hablamos.

Hoy, la ciudad de Venecia nos puede dar idea de una ciudad palafítica.

Parece seguro que los palafíticos eran braquicéfalos. Y de los palafitos italianos y suizos salieron probablemente los braquicéfalos que penetraron en Francia.

Como conclusión de nuestro examen del problema ario desde el punto de vista antropológico podemos afirmar que si admitimos la existencia de una raza aria (lo cual ya es cosa dudosa), lo más probable es que se deba identificar esta raza con la de los braquicéfalos morenos (hombre alpino y dinárico), a la que pertenecen hoy p. ej., en su mayoría los Franceses, Yugoslavos, Rumanos, Ukranianos, Rusos; que no parece probable que los Arios puedan adscribirse a la raza dolicocefala de pelo negro, o mediterránea, aunque algunos lo piensen; pero que de ninguna manera podemos admitir que los Arios pertenez-

can a la raza mesocéfala rubia, o nórdica, que es la raza de los Germanos, de los Estonianos, de los Finlandeses y de todos los Fineses. Estas conclusiones son confirmadas por la arqueología prehistórica y por la toponimia.

Pero pasemos ahora a otro orden de consideraciones.

*La raza aria ¿es
una raza superior?*

Aun admitiendo que los Germanos fuesen Arios, y los Arios más puros, los únicos verdaderos Arios, ¿constituiría esto acaso un título de nobleza? ¿podemos afirmar que los Arios son una raza superior, más capaz que las otras, que ha creado o tiene los elementos para crear un tipo de civilización más completa y perfecta que las otras razas? ¿Qué sabemos de la cultura de los Arios?

Para conocer dicha civilización tenemos tres medios: el estudio de las fuentes históricas, la comparación lingüística y la arqueológica.

El primero es el de estudiar e investigar las fuentes históricas que nos hablan de los Arios.

Los monumentos más antiguos de la literatura india (el Rigveda), iránica (el Avesta de Zarathustra), griega (la Iliada y la Odisea), latina, céltica (la Epopeya de Cuchulainn), germánica (la Edda, el Beowulf, los Nibelungos), reflejan estadios más antiguos de civilización, muy próximos al de los Arios antes de su subdivisión; por otro lado, las noticias de los historiadores griegos y romanos (sobre todo Herodoto, César, Livio, Tácito), sobre los pueblos bárbaros con que trabaron conocimiento, nos proporcionan informes preciosos.

Además, como es sabido, los pueblos Arios no se han acercado a la civilización todos en la misma época; los Germanos, p. ej., han sido cristianizados entre el año 300 y el 1000 d. J. C.; los Eslavos y los Baltos, mucho más tarde. Algunos, como los Bosniacos y los Albaneses, viven hoy día en condiciones extraordinariamente primitivas, que nosotros hemos superado desde hace más de 2000 años; constituyen, desde el punto de vista de las costumbres, un fósil viviente del más alto interés: su civilización es patriarcal, y se encuentra todavía en un estadio anterior al de los poemas homéricos, por lo que a relaciones sociales se refiere.

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

El estudio de su vida nos ayuda a completar lo que sabemos por los autores antiguos, y se puede incluir en lo que he llamado «fuentes históricas».

Ahora bien: las noticias que tenemos de los varios pueblos Arios, hasta de los más alejados, como los Celtas y los Indos, coinciden en muchas cosas en forma sorprendente. Así que podemos hablar sin ninguna exageración del nivel cultural de los Arios y analizarlo en muchos detalles. Lo cual no quiere decir que no quede algo por aclarar, que no haya ya nada que hacer sobre este argumento.

Pero existe otra fuente de investigación: el estudio del lenguaje. Son acaso necesarias unas palabras de aclaración.

Fijado el parentesco de las lenguas arias; y sentadas las leyes fonéticas en una serie de correspondencias constantes de sonidos (a una *t* latina, corresponde siempre una *t* en griego, sánscrito, eslavo, etc.; a una *c* latina corresponde una *x* en griego, una *s'* en sánscrito, una *s* en ruso, etc., etc.); tenemos ya un medio seguro para distinguir las palabras de origen ario, es decir, las palabras que las distintas lenguas arias han heredado de la lengua madre aria (como las lenguas neolatinas han heredado las palabras latinas) de aquellas otras que han penetrado en época posterior por relaciones comerciales o culturales. Por ejemplo: aunque no supiéramos nada de la historia del *azúcar* o de la *naranja*, la mera comparación de las palabras: español *azúcar*, francés *sucre*, italiano *zucchero* y español *naranja*, francés *orange*, italiano *arancia*, indicaría que estas no son palabras latinas, que los Latinos no conocían dichos productos, pues la fonética no es la misma que la de las palabras que han pasado del latín a las lenguas hijas. Lo mismo ocurre con las lenguas arias: estamos seguros de que la palabra «asno» no es aria, porque el griego *ὄνος*, latín *asinus*, alemán *esel*, no corresponden a las reglas fonéticas de las palabras arias. En efecto, los Arios no conocían este animal, que viene de Asia; *asinus* es el animal «asiático», como el tema mismo lo indica. El alemán *esel* viene del latín *asellus*, diminutivo de *asinus*, y no de la lengua madre aria.

Lo mismo diremos, p. ej., del alemán *kupfer* «cobre», que viene del latín *cuprum*, pues a una *p* latina, como hemos visto, debe corresponder en alemán una *f*, y no una *pf*, en las palabras del viejo fondo ario, como *pater: vater*; a la *c* inicial del latín, una *h* alemana, como en *centum: hundert*.

Otras veces, las lenguas arias tienen palabras de origen distinto para determinados animales, productos o conceptos. Así p. ej., el «hierro»: latín *ferrum*, griego *σίδηρος*, alemán *eisen*, ruso *железо*, etc., etc. En casos de este tipo también es probable (aunque no seguro) que los Arios, antepasados de todos estos pueblos, no conocieran dicho concepto o producto (efectivamente, no conocían el hierro). Pero cada caso exige un estudio cuidadoso.

Podemos, pues, por medio de la lengua, hacernos una idea bastante completa, si no siempre precisa, de la cultura de los Arios. De la presencia de la palabra *ovis* en latín, *ὄvis* en griego, *ávis* en sánscrito, concluimos que conocían la «oveja»: también conocían el «caballo», animal «nacional», puede decirse, de los Arios: latín *equus*, griego *ἵππος*, sánscrito *ás'vas*, lituano *aszvá*, etc.; y así el «buey»: latín *bos*, griego *βοῦς*, alemán *kub*; sánscrito *gáus*, pero el «lobo» ponía en peligro su ganado: latín *lupus*, griego *λύκος*, sánscrito *vrkas*, lituano *vilkas*, ruso *volk*, alemán *wolf*. Las correspondencias fonéticas están perfectamente en orden.

Con estos dos medios de investigación, y ayudados por la arqueología cuando (como en el caso de los palafitos o de la cultura de Lusacia) estamos más o menos seguros de que el material excavado se refiere a un pueblo ario, podemos trazar un dibujo de lo que fué el grado de cultura de estos Arios.

Pues bien, el cuadro, francamente, resulta desolador. Este tan cacareado pueblo ario era poco más que un conjunto de tribus nómadas y salvajes. El nivel cultural de este pueblo es comparable al de las tribus más retrasadas de Suramérica o Africa central.

Los que no constrúan palafitos vivían en chozas miserables de madera o de juncos entrelazados, o más frecuente-

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

mente en cuevas subterráneas, fuliginosas y sucias; en la escasa fauna que seguramente conocían los Arios, los insectos que cubren el cuerpo humano—pulgas, ladillas y otros—ocupan un lugar preeminente.

Su nivel intelectual era ínfimo; de ideas filosóficas, o por lo menos abstractas, no hay que hablar. Es notable la falta completa de substantivos o adjetivos abstractos, hasta de los más sencillos, como «bondad», «hermosura», «generosidad», «habilidad», etc., en la lengua aria. Algunos pueden haber desaparecido más tarde, sin duda; pero este pudo ser el caso sólo para un escasísimo número. Lo más probable es que no hayan existido jamás.

Sus ideas religiosas se limitaban a un animismo de lo más grosero, comparable al de ciertas tribus australianas, y al culto totémico (es decir, adoración de plantas y animales). Consideraban el cielo como una gran piedra. Eran idólatras, y veneraban trozos informes de madera. Carlo Magno destruyó muchos en su conquista de Sajonia. De una «mitología» de los Arios no se puede hablar seriamente.

Tenían la triste costumbre de los sacrificios humanos, ya olvidados desde hacía mucho tiempo en los países más progresivos. Este rito, que se refleja en el sacrificio de Ifigenia y en muchas leyendas de India y de otros países, está atestigüado por testimonios indiscutibles para todos los pueblos arios: de los Celtas, p. ej., nos cuenta César, *Guerra de las Galias*, VI, 16: «Otros tienen fantoches de enorme magnitud, cuyos miembros, tejidos de mimbres, llenan de hombres vivos. Pegándoles fuego, los hombres envueltos por las llamas perecen. Creen que son más gratos a los dioses inmortales los suplicios de los que han sido cogidos en hurto, robo u otra mala acción. Pero en el caso de faltarles hombres de esa clase, llegan a supliciar hasta a los inocentes». Lucano nos describe con su lúgubre dramatismo estas horribles escenas. Tito Livio nos cuenta que los Romanos también sacrificaban hombres en el Foro Boario (XXII, 57). De los Germanos—sean o no Arios—escribe Tácito, *Germ.*, 9: «Entre los dioses veneran



sobre todo a Mercurio, y en días determinados tienen la costumbre de honrarle hasta con víctimas humanas».

Las relaciones sociales no ofrecen un aspecto muy atractivo. El sistema es patriarcal, es decir, el padre domina sin limitación ninguna: es un verdadero tirano. Tiene el derecho de vida y de muerte sobre sus hijos y sobre la mujer, derecho que persiste todavía en el antiguo derecho romano (*ius vitae et necis*) y entre los Céltas, según nos cuenta César, *Guerra de las Galias*, VI, 19. Puede exponer los hijos al nacer, si le place, es decir, abandonarlos, y esta costumbre, que dejó rastro en la leyenda de Edipo y de Rómulo y Remo, perduró en el derecho de Roma y de Esparta. La leyenda misma de Edipo y lo que nos cuentan de los Lacedemonios, que lanzaban sus hijos deformes desde una alta roca, hace suponer que estos niños recién nacidos sufrían a veces mutilaciones o torturas variadas, y que hasta el infanticidio era frecuente. Las mujeres, sobre todo, cuyo nacimiento siempre es poco grato entre los pueblos primitivos, tenían pocas probabilidades de sobrevivir, lo cual tenía como consecuencia que llegasen a constituir, cuando crecidas, una presa deseable. La forma corriente de matrimonio era el rapto, que provocaba represalias y guerras sangrientas entre las tribus; sólo en algunas regiones más adelantadas esta costumbre se sustituyó por la otra de la venta de las mujeres. Como no existía moneda, se vendían las mujeres, y los otros objetos, trocándolos con el valor más corriente, que era el ganado: en Homero, el precio de las cosas se calcula en bueyes, y la palabra latina *pecunia*, de donde viene el español *pecuniario*, deriva de *pecu* «oveja», de donde *pecuario* en español.

La condición de las mujeres era más o menos la de esclavas: en el derecho romano la autoridad del marido sobre ellas se llama *manus* «mano», en representación material del derecho que tenía de pegarles cuando le pareciera bien; el marido se llamaba *pátis*, griego *πάτις*, sánscrito *pátis*, etc., es decir «señor», «dueño», «amo», del mismo tema de que deriva el español *potencia*, *poder*.

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

No existía ni Estado ni leyes: la organización era por familias y *gentes*, como en la Roma primitiva. No había administración de justicia, y dominaba la «*vendetta*», la bárbara venganza de la sangre; en algunos casos se llegaba a una conciliación, pagando una pena pecuniaria por el muerto, bien conocida por el derecho germánico, que la conservó. Así lo indican el griego *ποινή*, lituano *káinē*, avéstico *kaēná*, ruso *tsená* «precio»: de la palabra griega deriva la nuestra de «pena». Sin embargo, algunas tribus particularmente retrasadas—así los antepasados de los Latinos y de los Celtas—jamás conocieron dicha palabra, y tampoco esa costumbre, que ya representa un progreso notable.

No tenían ningún conocimiento de la escritura. A la Europa Central y Septentrional no ha llegado jamás otra escritura que la fenicia, que es invento semítico. Los cuneiformes no son invento ario, ni lo es seguramente la escritura lineal de Creta (que por lo demás no se descifra) ni los jeroglíficos de Egipto.

El verbo ruso *pisát'*, «escribir», es de la misma raíz que el latín *pingo* «dibujar», «pintar», pero es seguramente el latín el que conserva el sentido más antiguo. En los poemas homéricos no se hace mención ninguna de la escritura, y en otros poemas antiguos de otros pueblos, tampoco. Entre todos los antiguos pueblos arios, la poesía y la ciencia sagrada se transmiten por medio de la memoria.

De productos artísticos de los Arios no se puede hablar sin dar a esta palabra una significación muy distinta de la que le damos hoy. Los vasos de barro que podemos atribuir a los Arios son muy primitivos y los dibujos que tienen, extremadamente groseros.

Compararemos ahora la civilización del pueblo ario, con las de otros pueblos contemporáneos suyos.

Evidentemente, no podemos considerar como propias de los Arios las culturas que los Arios se han asimilado en sus guerras de conquista. Sería igual que atribuir, p. ej., la civilización romana a los Germanos, porque dominaron en

*Civilización aria
y civilizaciones no
arias.*



Italia en la Edad Media. Tendremos que comparar con las otras la cultura de los Arios en la época en que no se habían acercado aún a las grandes civilizaciones mediterráneas, la egeo-minoica en Grecia, la asirio-babilónica en Mesopotamia, la etrusca y otras desconocidas en Italia. Las civilizaciones latina y griega, pues, no se pueden atribuir a los Arios, aunque el latín y el griego sean lenguas arias, puesto que cuando los Arios invadieron las penínsulas helénica e itálica encontraron allí pueblos de civilización indiscutiblemente muy superior a la suya.

La fecha de la separación de los primeros núcleos del grupo central del pueblo ario—es decir, de la dispersión de este pueblo—puede fijarse alrededor del año 2000 a. J. C., y probablemente un poco antes. En esta época, cuando los Arios—todos los Arios—vegetaban todavía en una situación comparable a la de las más bajas tribus de hoy, China y Egipto habían levantado ya hacia milenios sus templos soberbios y tenían una religión, una literatura, un Estado, que constituyen hoy todavía nuestro asombro; construían diques, murallas, carreteras, aseguraban el desarrollo próspero y ordenado de una población numerosa, con una organización social compleja, con un Estado fuerte y respetado; los Sumerios edificaban sus torres excelsas, que dieron origen al mito de Babel; los Babilonios conocían ya desde siglos la moneda, organizaban una intensa vida económica bajo las leyes del sabio rey Hammurabi, estudiaban los astros, descubrían las leyes de sus movimientos, establecían el calendario; los Asirios esculpían en la piedra sus maravillosas escenas de caza y de guerra. En Creta florecía la civilización minoica, que nos ha dejado en sus palacios abigarrados y fantásticos y en sus pinturas realistas y delicadas, el testimonio de una vida lujosa, voluptuosa y serena. Junto al Helesponto, la ciudad de Troya, emporio del Mediterráneo, acumulaba riquezas sin nombre. Todas estas civilizaciones nada tienen de ario.

*Las invasiones
arias.*

Poco antes del 2000 a. J. C. empieza la inmensa catarata de las invasiones arias. Uno tras otro, los pueblos arios se

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

lanzan, como espantosas olas destructoras, hacia las tierras ricas y soleadas del Sur.

Los primeros de que tenemos noticias seguras son los Hetitas, conocidos también por la Biblia. Alrededor del año 2000, incendian la opulenta ciudad de Troya, la Troya II de los arqueólogos, la ciudad «quemada» que Schliemann confundió con la Troya homérica; la fastuosa capital nos aparece hoy sepultada bajo dos metros de escombros. Siguen su curso triunfal, atraviesan el Asia Menor, y el año 1869 destruyen Babilonia. Contemporáneamente, los Hurritas y los Mitannios—Arios también, por lo menos en parte—, bajan por el Este del Mar Caspio hasta el Eufrates, se apoderan de Siria y Palestina e intentan penetrar en Egipto. Los Casitas, igualmente Arios, destruyen el Imperio Babilónico y se apoderan de la capital, que los Hetitas habían abandonado. Estos últimos sojuzgan a los Khatti en Anatolia y Siria del Norte y fundan un Imperio poderoso.

Otro pueblo probablemente mezclado de Arios, los bárbaros Hyksos, los «reyes pastores», llega a Egipto, lo arrasa alrededor de 1700 y lo esclaviza por más de un siglo. Fué el período más triste de la historia de aquel país.

Otras hordas arias se lanzan sobre Grecia, donde florecía una rica civilización, que llamamos Heládica. Me permito citar otra vez, para evitar la tacha de exageración, al profesor Poisson (p. 165): «Hacia el siglo XX, la barrera del Othrys se rompe y una ola de invasores se vierte sobre Grecia Central. Destrucciones e incendios se comprueban en Orcomeno (ruinas de la II ciudad), en Koraku, cerca de Corinto, en Argos, etc. etc.; esto pone término al período llamado Heládico antiguo (2200-2000). La invasión viene del Norte».

Y el prof. Fr. Schachermeyr, persona poco sospechosa de parcialidad hacia mi tesis, pues es un racista ardiente, escribe en *Festschrift Hirt*, I, p. 237: «La cerámica protoheládica desaparece y cede el puesto a otros tipos de fabricación. Se pierden una serie de conquistas culturales, como el em-

pleo de ladrillos cocidos y de pizarra para cubrir los tejados. La cosa más notable, sin embargo, es que en toda una serie de estaciones arqueológicas el período protoheládico termina con una catástrofe y que los edificios del período siguiente revelan en su construcción una técnica más pobre; los poblados son menos extensos. Una gran parte de los poblados del período protoheládico queda deshabitada». Se trata, creo, de una tribu ilírica, los Pelasgos; en todo caso, nadie pone en duda que sean Arios. Un par de siglos más tarde, este mismo pueblo sigue su carrera irresistible e invade Creta, la sede de la brillante civilización minoica, con los mismos efectos funestos. También citaré al mismo Poisson (p. 183): «Alrededor de 1750, se produce en Creta una catástrofe que pone fin al Minoico medio II. Los brillantes palacios edificadas en dicha época fueron abatidos en un día de desgracia. En Cnoso, la vasija real fué sepultada bajo una capa de cenizas, mientras en otro barrio todas las cosas quedaban intactas bajo los muros derrumbados. Phaistos, Mallia, Tylissos, sufrieron la misma suerte».

Otra serie de invasiones arias empieza, con varias etapas, hacia el 1600. Son probablemente los Griegos, que llevaban entonces el nombre de Aqueos con que los llama todavía Homero. Con ellos van los Danaos, también mencionados en la Ilíada. Encontramos el primer nombre bajo las formas de *Abhiyava*, *Akhayusha* en documentos hetitas del año 1336 y egipcios de 1230, y el segundo en otros egipcios de 1400 aproximadamente. Los Aqueos conquistan la Grecia continental y destruyen el palacio de Cnoso hacia 1400. La época minoica termina bruscamente. El Imperio Cretense, su escuadra poderosa, su floreciente cultura son aniquilados.

Ramsés III de Egipto nos cuenta que, en el año 1229, tuvo que luchar en la frontera del Oeste del Delta contra los bárbaros «pueblos del mar», que amenazaban gravemente a Egipto; entre ellos van los *Akhayusha*, los Aqueos. Fueron aniquilados.

Hacia la misma época los Frigios, pueblo ario, invaden

Anatolia y deshacen violentamente el Imperio Hetita, rival de Egipto y Mesopotamia. Los anales hetitas, en escritura cuneiforme de origen babilónico, descifrados por Hrozny en los últimos 20 años, se interrumpen bruscamente en 1200. Los palacios de los Hetitas caen bajo las llamas. Su civilización desaparece para siempre. Toda esta región —y Grecia con ella—cae en las tinieblas. Durante algunos siglos, carecemos completamente de fuentes históricas contemporáneas. La barbarie se apodera de estos países. Sólo sabemos por fuentes asirias que el rey de los Moskos—es el nombre que dan a los Frigios—, rival de Sargon en el siglo VIII, se llamaba Mita; es el Midas de la leyenda griega, el de las orejas de asno, insaciable de oro, que se transforma ahora en figura histórica.

El profesor nacionalsocialista Schachermeyr, en su trabajo citado, pág. 244, describe así este acontecimiento: «Una poderosa ola de migración, que lo destruye todo, se derrama ahora por el mundo civilizado. Esta vez también baja del Norte, al parecer de la Europa del Sureste, y se compone principalmente de Indoeuropecs [o Arios]. Inunda Grecia, Asia Menor y Siria, avanza por tierra y por mar y se detiene sólo ante las fronteras de Egipto. Quedan aniquilados los Estados existentes en Grecia; Arzava y Kizvatna encuentran su fin; desaparece el Imperio Hetita y toda la constelación de Estados microasiáticos, así como el pequeño Estado sirio de Amurru, que se habla formado en el borde Sur de la zona de influencia hetita».

Por su parte, el prof. Götze, en su libro *Hetiter, Churriter und Assyrier*, Oslo, 1936, resume así esta invasión, página 54 y sigs.: «Contra estos pueblos se organiza una frontera militar en regla, una especie de *limes*. Parece como si esa frontera hubiera de pronto saltado por la presión creciente de Europa por los Estrechos. Con ello el destino tomó su curso. Con las hordas, que llevando consigo mujeres y niños, atraviesan el Occidente de Asia Menor, dejando una huella de destrucción, trabajaban de consuno enjambres de barcos, que navegaban hacia Sudeste á lo largo de las cos-

tas. Las fuentes hetitas no nos han dejado relato alguno de la catástrofe. Debió sobrevenir de un modo tan repentino, que no hubo tiempo para pedir auxilio; menos aún para relatos. La poderosa capital de los Hetitas fué arrasada; no pudo salvarla ninguna fortaleza por sólida que fuese. Palacios y templos son saqueados y desaparecen entre las llamas; los archivos, revueltos y destrozados. Las demás ciudades del Imperio sufrieron igual suerte, a juzgar por los restos de incendio encontrados.

»Las fuentes que sólo tardía y escasamente se reanudan nos presentan una situación completamente cambiada. El Imperio Hetita ha quedado barrido, su territorio está ocupado por nuevos pueblos.....

»Esta migración constituye uno de los cambios más importantes en la historia del mundo..... La parte Noroeste del mundo civilizado, el Asia Menor hetita, queda completamente sumida en la barbarie y sale de la esfera de los países civilizados. Entre el Asia Anterior y Grecia se levantó una barrera que aisló a ésta.....»

El movimiento siguió hacia el Sur, a lo largo de las costas. Los Egipcios vieron con terror que el alud se acercaba a su país. En una inscripción egipcia de esta época leemos: «Ningún país pudo resistirles, después del de Hatti. Kode, Kargamis, Arzava, Alasiya fueron destruidas. Pusieron su campamento en un lugar de Amurru [país de los Amorreos]. Exterminaron a sus habitantes; como si nunca hubieran existido. Vinieron hacia Egipto, mientras ante ellos se preparaba un fuego..... Pusieron sus manos sobre los países hasta los extremos de la tierra; sus corazones estaban llenos de confianza y decían: 'Nuestros planes tienen éxito'». En 1195 y 1192, son los Pulestiu, tribu ilírica que había bajado con los Frigios, los que ponen en gravísimo peligro al Imperio de los Faraones, al intentar penetrar en el país por el lado de Siria. Los Egipcios consiguieron derrotarlos a duras penas; pero tuvieron que alojarlos en la región que de ellos tomó el nombre de Palestina. Son los Filisteos de la Biblia. La fuerza de Egipto quedó quebrantada.

En el Norte de Asiria, dejaron los Frigios una parte de su pueblo, los actuales Armenios.

Ya antes, los Frigios se habían apoderado de Troya, que en los anales hetitas se llama *Vilusa*, *Fίλιον* en Homero, y habían asimilado su civilización. La ciudad resurgió. La leyenda griega nos hablaba de dos destrucciones. La segunda tuvo lugar alrededor de 1190, según los historiadores griegos. Una vez más, comprobamos que sus noticias son más exactas de lo que creíamos: Este hecho, que dió el argumento al poema nacional griego, la *Iliada*, tuvo resonancia inmensa en todo el mundo antiguo, pasó a la epopeya y se hizo inmortal en la memoria de los hombres.

La conquista de la Troya homérica es obra de los Aqueos. Pocos años después, en 1149, según la tradición clásica, otra tribu griega, los Dorios, baja del Norte como un huracán. Esta invasión fué enormemente más destructiva que las precedentes. Las grandiosas civilizaciones micénica y minoica desaparecen. La segunda quedó completamente olvidada hasta la época presente, en que la piqueta paciente de Evans sacó a la luz, ante la maravilla del mundo, aquellos tesoros desconocidos.

La época que sigue a la invasión dórica—llamada por los antiguos «el regreso de los Heráclidas»—es de las más tristes de la historia de Grecia. Es la llamada *Edad Media helénica*. Cito otra vez a Poisson (p. 221): «Los recién llegados desconocen el refinamiento; no construyen ni palacios lujosos ni fortalezas poderosas. Casi no les conocemos más que por sus tumbas, cuya sencillez contrasta con la magnificencia de las grandes sepulturas aqueas..... Hay también allí vasos que presentan diferencias fundamentales con los del estilo micénico. A la ornamentación ágil y graciosa de los vasos egeo-micénicos, sustituyen los rasgos rígidos y angulosos. Algunos vasos, entre los más antiguos, no presentan más que una ornamentación geométrica en que dominan los triángulos, la cuadrícula, el tablero de damas, el zigzag y los meandros..... Otras series de cerámica presentan motivos tomados del mundo animal, pero la fauna dipylina

ofrece menos variedad que la de los vasos micenios. Los pulpos, los argonautas, las libélulas dejan paso a representaciones esquemáticas de caballos, ibices y aves acuáticas. En cuanto a las figuras humanas, se trata igualmente de pobres siluetas angulosas, enlace artificial de los triángulos o bastoncillos quebrados que componen la decoración geométrica».

Y el prof. Schachermeyr, ya citado, dice (p. 246): «En Grecia, los Estados aqueos fueron destruidos alrededor de 1200; la cultura micénica quedó aniquilada. No hay apenas un solo poblado micénico que no tenga rastros de esta catástrofe..... En toda Grecia sobreviene ahora el periodo submicénico (1200-1050), que cae en un estado cultural ínfimo, de tipo prehistórico, como se puede apreciar sobre todo por las tumbas del Cerámico».

Casi contemporáneamente, en una fecha que la tradición pone en el año 1135, otro pueblo ario, los Umbrios, estrechamente relacionados con los Dorios, penetra en Italia, donde ya habían bajado siglos antes los palafíticos latinos y muchas tribus ilíricas. También encontraron en esta península civilizaciones superiores, casi desconocidas para nosotros.

Alrededor del 2000, los antepasados de los Iranios y de los Indios ocupan la meseta del Irán. Son estos los verdaderos Arios, pues ya hemos dicho que este nombre es impropio si se lo extiende a todos los Indoeuropeos. No eran estos Arios más adelantados que sus hermanos del Occidente: su civilización, muy primitiva, queda reflejada en los himnos más antiguos del Rigveda. Los que más tarde se llamaron Indios penetraron luego en el valle del Ganges. Una tribu irania, los Persas, se volvió hacia Occidente; en el año 935 el rey asirio Salmanazar la menciona en la relación de sus campañas. Es cosa sabida que más tarde, en 538, Ciro el Grande penetró en Babilonia e incendió la soberbia ciudad, que había asombrado a los prófugos judíos, y edificó otro Imperio sobre sus ruinas. Sus sucesores sometieron Egipto, conquistaron Anatolia y mitad de Grecia e intentaron

LA CUESTIÓN DE LOS ARIOS

esclavizar a Atenas, que los derrotó para siempre, salvando sus libres instituciones.

Dejo a un lado otras invasiones arias, como la de los Escitas, de los Cimerios, de los Treros, menos conocidas, pero no menos funestas.

En Occidente, los Celtas, que vivían en Bohemia y Alemania del Sur, inician hacia el año 500 un período de actividad asombrosa. Ocupan la Alemania Occidental, Francia, Inglaterra, Irlanda y probablemente Escocia. Invaden España, donde una primera ola había llegado ya hacia el año 900, se funden con los Iberos y forman el pueblo celtibero, que conservó mejor que sus hermanos las primitivas costumbres y fué el más bárbaro de la Península, mientras en el Levante se esculpía la dama de Elche y, en el Sur, Tarteso acumulaba riquezas legendarias. Otros Celtas bajan en tromba a Italia, sembrando el terror y la destrucción, y queman la ciudad de Roma en el año 390. Otras tribus ocupan más tarde la península balcánica, amenazan a Grecia en el siglo III, son derrotados al intentar saquear el santuario de Delfos y logran establecerse en Anatolia; donde viven en un aislamiento salvaje hasta el siglo I de la era vulgar, cuando Pablo de Tarso, el que hizo del cristianismo una religión universal, les dirigió dos Epístolas inmortales.

Pero las invasiones siguieron atormentando a Europa. Al final del siglo II a. J. C., los Germanos, ya arianizados hacia siglos, empiezan a presionar hacia el Sur. Mario derrota a los Cimbrios y Teutones, César logra detener a Ariovisto. Por algunos siglos, el Imperio Romano aseguró la paz, la riqueza y la cultura a toda la cuenca del Mediterráneo; edificó termas, carreteras, acueductos, puentes majestuosos, perpetuó sus hazañas en inscripciones solemnes, aseguró la instrucción, la justicia, el respeto de la persona y de los bienes a millones de hombres. Los pueblos se unificaron, desaparecieron las fronteras, los cambios comerciales se hicieron frecuentes, la esclavitud se suavizó y estuvo en camino de desaparecer, el derecho perdió su dureza primi-

tiva y se impregnó de principios filosóficos y humanos. El pensamiento griego, fundado en la libertad del espíritu, base de nuestra civilización, se expandió a la sombra de las instituciones imperiales. Pero el empuje germánico no cesó. Después de muchos intentos inútiles, logró en el siglo V derrumbar el Imperio, saquear Roma y retrasar en más de mil años el progreso humano, con pérdidas irreparables para la civilización.

Las obras maestras de la filosofía y de la literatura antigua desaparecieron, las carreteras magníficas se cubrieron de hierba, los grandiosos acueductos cayeron en ruinas; en Roma, la capital inmensa del mundo antiguo, los pocos supervivientes bebían el agua del Tiber en el río mismo, mientras las vacas pacían en el Foro, donde habían hablado los Gracos, Cicerón y César.

Algunos siglos después, los Eslavos, otros Arios, invadieron y arrasaron el imperio de Oriente, ya devastado por los Germanos. Grecia se convirtió en un desierto.

Es tiempo ya de concluir. Creo haber demostrado que los Germanos no son Arios, por varias razones; que entre todos los pueblos que hablan lenguas arias, son probablemente los que menos tienen de la raza aria; que su lengua se aleja más que todas las demás de la lengua primitiva de los Arios. Los que más se parecen a los Arios antiguos, sea por su lengua, sea por su raza, son probablemente los Eslavos (sobre todo los Rusos), a los que tanto menos precian los Alemanes. Los Germanos, según hemos visto, forman parte de la raza fino-ugria, a la que pertenecen Estonianos, Finlandeses, Cheremisos, etc., raza igual que las otras según mi opinión, pero que no da derecho a ningún orgullo particular, pues no ha tenido ocasión de producir hasta ahora, aparte de los Germanos mismos, ningún hombre de valor universal ni empresa colectiva digna de particular gloria. Pero aún admitiendo que los Germanos fuesen los puros, los verdaderos, los auténticos, los únicos Arios, más bien tendrían que avergonzarse que vanagloriarse de ello. Estos Arios tan decantados no eran más que un con-

junto de hordas salvajes de un nivel cultural comparable al de las más atrasadas tribus africanas, que siguieron sembrando por milenios el terror, la destrucción y la muerte entre los pueblos civilizados del Sur, interrumpiendo cada vez el curso de su progreso cultural y social, destruyendo sus ciudades opulentas y dejando en pos de sí desolación y ruina.

¡Qué fácil sería, y con mejores, o por lo menos con menos ridículos argumentos, contraponer a la teoría racista de los nórdicos y rubios Germanos otra teoría, la de la superioridad de los Mediterráneos de pelo negro! En el Mediterráneo han florecido todas las grandes civilizaciones de Europa, de África y de Asia anterior: la tartesia, la etrusca, latina, griega, hetita, sumeria, siria, babilonia, hebrea, griega, árabe; las civilizaciones persa e india también se deben esencialmente a la misma raza, la de los dolicocefalos de pelo negro. Pero no haya miedo de que hagamos tal cosa. Aunque tenemos motivos para poder estar orgullosos de nuestros antepasados, nos daría vergüenza pretender que por sus hazañas o méritos se nos adjudicara rango o privilegio alguno. Creemos que las fronteras deben suprimirse, los pueblos unirse y que hay que superar para siempre los prejuicios de clase, raza y nación. Somos los primeros en reconocer la grandeza del pensamiento alemán, de la poesía alemana, de la ciencia alemana, del trabajo alemán. Sabemos que, si no en la prehistoria, en la historia de hoy constituyen los Alemanes un elemento esencial de nuestra vida y de nuestra cultura, algo que no se podría suprimir sin daño irreparable para todos los hombres del mundo.

Lo que no podemos admitir es el hitlerismo y sus bárbaros y torpes prejuicios.

Toda nuestra moderna civilización occidental, la alemana inclusive, no es sino un desarrollo de la civilización griega, que no es aria, sino egeo-micénica. Allí, en los palacios de Cnoso y de Phaistos, vivió un pueblo hoy desconocido, un pueblo sereno, pacífico, que no hacía guerras, que no tenía supersticiones bárbaras, que se había libertado



del miedo a los dioses, a los ídolos y sacerdotes, y que cultivaba como bienes supremos el cuerpo y el espíritu del hombre. A través de invasiones, guerras y destrucciones, este pueblo egeo pudo salvar el tesoro de su libertad espiritual a través de los siglos. A la sombra de las instituciones democráticas de Atenas, libres de tiranía y de opresión clerical, Platón y los sofistas elaboraron un pensamiento de valor universal, dando por primera vez al mundo el ejemplo de una sociedad y de una cultura libres de trabas teológicas y de prejuicios de familia, de nación y de raza. Después de los siglos muertos de la Edad Media, el Renacimiento italiano sacó a luz otra vez, de la sombra de los conventos, los textos de la antigua sabiduría, e inauguró una nueva era, la del pensamiento moderno, del desarrollo de las ciencias, de la marcha pacífica hacia un mundo fundado en la razón humana y en la voluntad colectiva. A esta obra inmensa han contribuido poderosamente los poetas y los filósofos alemanes; los nombres de Winckelmann, de Lessing, de Goethe, de Hölderlin, de Platen, de Nietzsche, nos hicieron casi creer que Alemania se convertiría en una Hélada moderna; Kant, Hegel, Fichte, el judío Marx, interpretaron y desarrollaron el pensamiento de Heráclito, Demócrito, Platón y Aristóteles, olvidado o falseado por más de dos mil años. Entre sus manos, la faz de la cultura griega tomó nueva luz, y se hizo cosa viva y no imitación servil. A esta obra contribuirá—no lo dudamos—la Alemania de mañana, libertada para siempre de su fanatismo y su nacionalismo estrecho y salvaje.

No queremos oponer al dogma racista dogma ninguno; no existen razas superiores ni inferiores; todas pueden y deben contribuir a edificar la civilización futura. Los pueblos que no tienen un pasado tienen un porvenir, si no se encierran cerrilmente en sí mismos y no vuelven a conceptos superados hace milenios.